

Nadie piense que las horas de la Revolución están contadas

Moisés Rodríguez Quesada, el agente Vladimir de la Seguridad del Estado, asegura que la intromisión del encargado de negocios de la Embajada de Estados Unidos en La Habana, Timothy Zúñiga-Brown, es de larga data

ENRIQUE OJITO LINARES

Moisés Rodríguez Quesada está curado de espanto. Al agente Vladimir para los Órganos de la Seguridad del Estado no le extrañó ver, por la Televisión Cubana, al encargado de negocios de la Embajada de Estados Unidos en La Habana, Timothy Zúñiga-Brown, merodeando por el barrio de San Isidro, con una naturalidad también pasmosa, para luego dirigirse a Damas No. 955.

En noviembre, más de una vez Zúñiga-Brown parqueó el carro de la sede diplomática en esa barriada habanera para ir al encuentro de los integrantes del llamado Movimiento San Isidro, no con el fin de incorporar a la supuesta huelga de hambre y de sed de los congregados allí; a fin de cuentas, su solidaridad —la del gobierno que representa— hacia los protagonistas de aquella provocación política contra Cuba no había por qué llevarla a ese extremo.

VIEJO CONOCIDO

Zúñiga-Brown es un viejo conocido para Moisés Rodríguez. Hasta la vivienda donde residía el agente encubierto en Boyeros llegó en 1999 el entonces oficial político de la Sección de Intereses de Estados Unidos (SINA) en la capital cubana. Era mediodía, recuerda el hoy jefe del Departamento de Comunicación Institucional de la Aduana de Cuba.

¿Para qué fue a verlo a usted?

“Para llevarme mi pasaporte visado; fue también en un automóvil de la SINA. Antes, el propio Timothy me había dicho: ‘Tú has trabajado mucho. ¿Por qué no vas a Estados Unidos a descansar un poco?’. Él me dio como estímulo una beca para un curso en Costa Rica en el Instituto Interamericano de Derechos Humanos, y de ahí fui a Miami, Florida”.

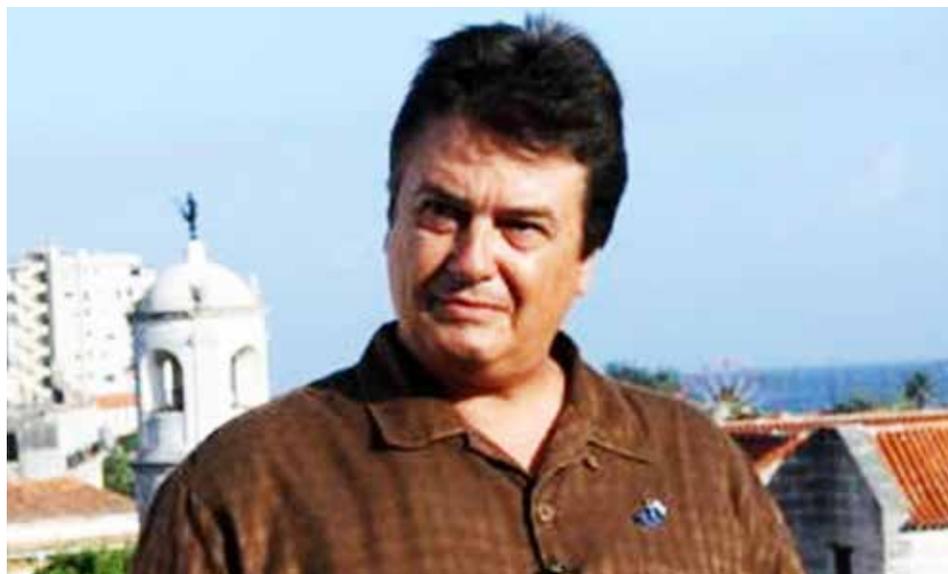
Moisés Rodríguez exhibía un fértil currículo como “contrarrevolucionario”, que databa de 1980. Llegó a convertirse en el vicepresidente de la denominada Comisión Cubana de Derechos Humanos y Reconciliación Nacional (CCDHRN), surgida en 1987 bajo la cobija de la SINA y presidida por Elizardo Sánchez Santa Cruz-Pacheco (el Camaján), en cuya casa el agente Vladimir vivió durante una década.

En innumerables oportunidades, usted tuvo de frente a Zúñiga-Brown, oficial político de la SINA de 1997 a 1999. ¿Por qué se interesaba este funcionario en los contactos?

“Este funcionario se interesó por informaciones clasificadas del Gobierno cubano; por todo lo relacionado con la posible elección de Chávez en Venezuela en el año 1998 (comicios presidenciales del 6 de diciembre, ganados por el amigo de Cuba); temas complejos referidos a nuestro Comandante en Jefe. Eso te da la medida de que las funciones de esta persona no eran diplomáticas como tal y que, claro, cumplía las orientaciones de su gobierno”.

Usted ha señalado que otro de los objetivos de Zúñiga-Brown consistía en intentar detener la estampida de los contrarrevolucionarios, que se produjo por medio del Programa de Admisión de Refugiados.

“Hay algo que no se puede separar de



Moisés Rodríguez sostiene que el gobierno de Estados Unidos no ha descansado en su objetivo de barrer la Revolución cubana. /Foto: Ismael Francisco

los mal llamados activistas, de todas estas personas que participan en acciones contra Cuba: una es el dinero y la otra, la posibilidad de viajar. Con el plan de refugiados a los norteamericanos se les trancó el dominio. Era una agencia de viajes totalmente manipulada por ellos, con quienes trabajé en J y Malecón.

“Los grupúsculos contrarrevolucionarios informaban acciones que nunca realizaban. Era una serie de mentiras, de expedientes falsos. Los norteamericanos trataron de desestimar, de alargar las salidas de estas personas para ver cuánto más tiempo podían tenerlas en Cuba; inclusive, las chantajeaban: ‘No te puedes ir ahora, tienes que aguantar un poco más’. El plan de refugiados se convirtió en un bumerán para ellos, porque se evidenció uno de los objetivos de estos personajes: irse de Cuba”.

¿En qué se diferenciaba Zúñiga-Brown del resto de los diplomáticos de la SINA? ¿Cómo era en ese tiempo?

“Todos tenían un factor común: la orientación de su gobierno de incentivar, de apoyar las acciones subversivas originadas en Estados Unidos y que había que darles cumplimiento por mandato aquí en Cuba.

“Esas personas no te miran sinceramente a los ojos; te miran con desprecio, aunque Timothy y yo teníamos muy buenas ‘relaciones’; ese era mi trabajo. Te miran así porque el que está hablando es el amo; ellos son los que pagan.

“Toda esta actividad subversiva la pagan. No solamente este hecho, el mal llamado Movimiento San Isidro. También hubo un Tamarindo 34; eso ocurrió en 1999, con esta persona precisamente (Timothy Zúñiga-Brown). La Sección de Intereses les brindó apoyo; les llevaba la comida que ingerían. No puede olvidarse tampoco la supuesta huelga de hambre de Martha Beatriz Roque (2012), que fue, igualmente, otra farsa.

“Ellos siempre —antes y ahora— han incitado a una huelga, a crear un espacio, y que eso conduzca a algo que no pasa en Cuba: la brutalidad policial. Nos decían que procuráramos que ocurriera un incidente y

se aplicara brutalidad policial. Eso es imposible porque nuestros miembros de la Policía son cuidadosos en tal sentido.

“Situaciones como la de San Isidro siempre han sido promovidas y orquestadas desde Estados Unidos, con el apoyo de sus diplomáticos aquí en la SINA, en La Habana. Son espacios que ellos procuran para llamar la atención de la opinión pública internacional; más todavía en este momento, cuando hay un Trump que se despidió y una Florida que quisiera que no fuera de esa manera. Están cortos de tiempo y quieren inducir un incidente; pero nuestro Gobierno es sabio y sabe manejar estas situaciones”.

OTROS PERSONAJES

Cuando Moisés Rodríguez acabó de echar la boleta en la urna, mordisqueó las palabras: “Esto es el colmo”. Era el 3 de noviembre del 2004, y el jefe de la SINA, James Cason, había convocado, en su propia residencia, a un simulacro de las presidenciales de Estados Unidos. Los aspirantes: John Kerry y George W. Bush.

“Esta es una de las cosas más impensables que pudiera hacer país alguno en otro; un enfrentamiento frontal a la ley, a las autoridades cubanas —considera Rodríguez Quesada—. Allí se encontraba la flor y nata de la contrarrevolución para votar por el Presidente de los Estados Unidos; ¿te imaginas eso?”.

Digna escena de teatro bufo. Luego de ejercer el “derecho” al sufragio, los votantes recibían una bolsa de regalos con libros, radios portátiles y una sombrilla, y eran marcados con tinta en el brazo como constancia para que no repitieran. Humillación sin límites.

Aquella noche destiló odio a borbotones contra la Revolución cubana en la residencia de Cason, quien un año antes, en otro acto injerencista, acuñó la idea de colocar un muñeco inflable de Santa Claus en el jardín de la SINA y un lumínico con el número 75 para exigir la liberación de igual cifra de contrarrevolucionarios arrestados ese 2003 por acciones subversivas y llamar la aten-

ción de la prensa extranjera en torno a los encarcelados, como lo reconoció después el exdiplomático.

Gracias a su aval “contrarrevolucionario”, Moisés se relacionó con todos los jefes y funcionarios estadounidenses que prestaron servicio en la sede diplomática desde 1988 hasta 2005, al punto de disponer de un pase permanente para ingresar a la institución.

“Para mí la actual embajada sigue siendo la Sección de Intereses, porque su único interés es barrer la Revolución cubana”, asevera el agente Vladimir, infiltrado dentro de la contrarrevolución por más de 25 años.

En la propia edificación, Rodríguez Quesada conoció en 1992 a Vicky Huddleston, enviada por el Departamento de Estado (sería jefa de la SINA con posterioridad) para buscar el apoyo de la CCDHRN a la Ley Torricelli, suscrita por George Bush (padre).

En disímiles ocasiones, Moisés intercambió de tú a tú con Robin Diane Mayer, segunda secretaria político-económica de 1994 a 1996. “Después de haber pasado por Europa oriental, la trajeron para darle el golpe de gracia a la Revolución”, comenta.

Rodríguez Quesada recuerda milimétricamente los sucesos del 5 de agosto de 1994. Vivía en casa de Elizardo Sánchez; desde Miami, la voz eufórica: “El pueblo está en la calle; la Revolución se cayó. Vayan a verlo”.

Y hacia allá partieron. Moisés conducía el carro. Al llegar al túnel de Quinta Avenida, un grupo de oficiales, entre ellos el que lo atendía por la Seguridad del Estado, ondeaban enardecidamente la bandera nacional y les gritaban consignas a los mercenarios pagados.

—Viren, coj... Viren.

“Pasó lo que tú y yo conocemos. Llegó Fidel ahí y nuestro Comandante cambió la situación operativa del lugar —rememora—. Todos los planes del enemigo, aquellos sucesos, como lo están queriendo crear ahora, se habían hecho trizas. Yo, por dentro, iba llorando para allá y riéndome para acá; tuve que desdoblarme en actor. Ni antes ni ahora, nadie piense que las horas de la Revolución están contadas”.



Zúñiga-Brown funge como encargado de negocios en Cuba desde el 31 de julio del 2020.

Escambray

Órgano Oficial del Comité Provincial del Partido en Sancti Spíritus
Fundado el 4 de enero de 1979

Director: Juan A. Borrego Díaz
Subdirectora: Gisselle Morales Rodríguez
Jefe de Información: Reidel Gallo Rodríguez
Editora: Yoleisy Pérez Molinet

Diseño: Angel R. Borges y Yanina Wong
Corrección: Miriam López y Arturo Delgado
E-mail: cip220@cip.enet.cu
Teléf. 41323003, 41323025 y 41323047

Dirección: Adolfo del Castillo No. 10
Código Postal: 60 200. Sancti Spíritus
Impreso en Empresa de Periódicos.
UEB Gráfica Villa Clara. ISSN 9664-1277